

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 1.º DE MARZO DE 1908

NÚMERO 9



## EL RATON GRIS

CONCLUSIÓN

Es mi falta—decía;—¡mi fatal curiosidad! Debo expiar mi falta por mi dolor y por la firme voluntad de resistir á la tercera prueba.

Rosalía no quiso alejarse; el ratoncito gris había empleado todos los medios posibles para hacerla marcharse de allí. Pero Rosalía insistió en continuar delante de las ruinas del palacio.

Todo el día se pasó así Rosalía, sufriendo la sed.

—No debo haber sufrido bastante todavía—se decía—para purgar lo que he hecho sufrir á mi padre y á mi primo. Cumpliré aquí mis quince años.

La noche empezaba á caer, cuando una viejecita que pasaba, se aproximó á Rosalía y la dijo:

—Hermosa niña, ¿queréis hacerme el favor de guardarme esta cajita, que es incómoda de llevar, en lo que voy cerca de aquí á ver una parienta?

—Con mucho gusto, señora—dijo Rosalía, que era muy complaciente.

—Gracias, bella niña, no tardaré mucho tiempo. No miréis lo que hay en esta cajita, que contiene cosas... que no habéis visto nunca y creo no veréis jamás.

Diciendo esto, se marchó. Rosalía colocó con mucho cuidado la cajita cerca de sí. Ya era completamente de noche y la viejecita no había vuelto; Rosalía dirigió la vista á la cajita, y vió con sorpresa que alrededor de ella resplandecía la tierra.

La volvió, la miró por todas partes; pero viendo que no podía explicarse esta claridad extraordinaria, la puso otra vez en el suelo, y dijo:

—¿Qué me importa lo que contiene? No es mía, es de la buena vieja que me la ha confiado. No quiero pensar más en ella, no sea que me dé la tentación de abrirla.

En efecto, no la volvió á mirar, y trató de no volverse á acordar. Cerró los ojos, resuelta á esperar así el día.

—Rosalía, Rosalía—dijo precipitadamente el ratoncito gris,—mírame cerca de ti; ya no soy tu enemigo, y para probártelo, voy, si quieres, á enseñarte lo que contiene la cajita.

Rosalía no respondió.

—Rosalía, ¿no oyes lo que te propongo? Soy tu amigo, créeme de buena fe.

Tampoco respondió.

Entonces el ratoncito gris se lanzó á la cajita.

—¡Monstruo!—gritó Rosalía cogiéndola y apretándola contra su pecho.—Si cometes la maldad de tocarla, te retuerzo el cuello al instante.

El ratón lanzó á Rosalía una mirada diabólica, que no osó afrontar su cólera. En tanto que combinaba un medio de excitar la curiosidad de Rosalía, un reloj dió las doce. En el mismo momento, el ratoncito dió un grito lúgubre y dijo á Rosalía:

—Rosalía, la hora de tu nacimiento ha sonado; tienes quince años, ya no tienes nada que temer de mí; estás fuera de mi poder, así como tu odioso padre y tu horrible príncipe. Y yo estoy condenada á conservar mi innoble forma de ratoncito hasta que consiga hacer caer en mis redes una jovencita tan bella y bien nacida como tú.

Apenas había dicho esto, desapareció.

Rosalía se resolvió á guardar la cajita hasta el día. Apenas había tomado esta resolución, cuando un bulto que volaba sobre ella, dejó caer una piedra sobre la cajita, que se partió en mil pedazos. Rosalía dió un grito de horror y en el mismo momento vió delante de sí á la reina de las hadas, que la dijo:

—Venid, Rosalía; al fin habéis triunfado de la cruel enemiga de vuestra familia; os quiero devolver á vuestro padre, pero antes comed.

La presentó una fruta de la que un solo bocado tranquilizó por completo á Rosalía. De repente, un carro tirado por dos dragones, se apareció cerca del hada, que subió en él é hizo subir á Rosalía. Repuesta ésta de su sorpresa, la preguntó si irían á ver á su padre y al príncipe.

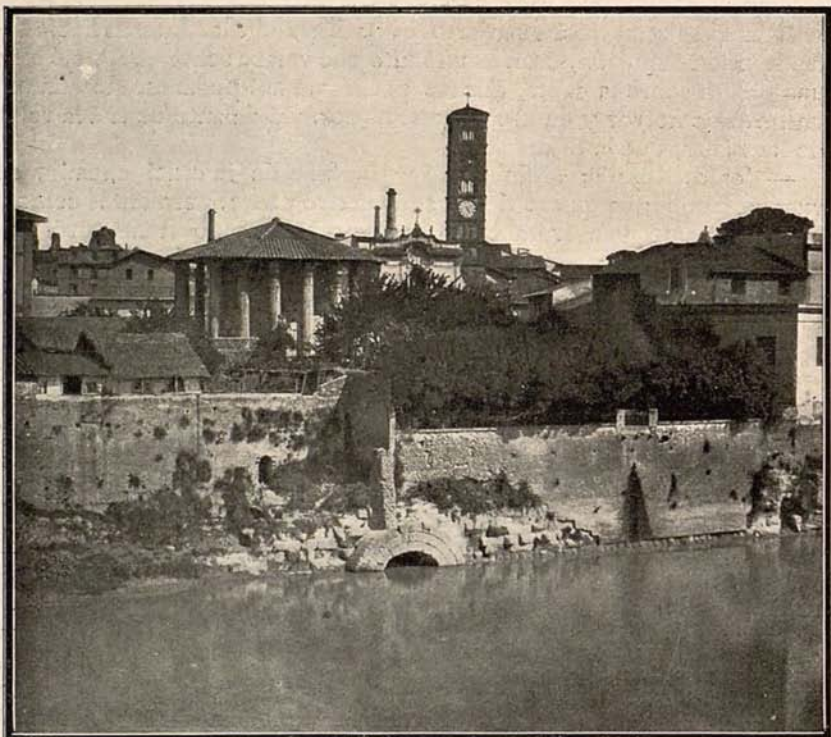
—Vuestro padre os espera en el palacio del príncipe Gracioso.

—Pero, señora, creo destruído el palacio del príncipe y á él mismo herido y reducido á la miseria.

—No ha sido más que una ilusión para que os causara más horror vuestra curiosidad, Rosalía, y para evitaros sucumbir la tercera vez. Vais á encontrar el palacio del príncipe tal como era antes de que vos rasgaseis la tela que cubría el árbol que os destino.

Cuando la hada acabó de decir esto, el carro llegaba al pórtico de palacio. El padre de Rosalía la esperaba con toda la corte. Rosalía se echó en los brazos de su padre y en los del príncipe, que parecía no acordarse de su falta de la víspera. Todo estaba preparado para la ceremonia del casamiento, que celebraron inmediatamente; todas las hadas asistieron á las fiestas, que duraron varios días. El padre de Rosalía vivió con sus hijos. Rosalía se curó completamente de su curiosidad. Fué tiernamente amada por el príncipe Gracioso, á quien ella quería con toda su alma; tuvieron hermosos hijos, á los que dieron por madrinas á hadas poderosas, á fin de que los protegieran contra las malas y los contrarios genios.





## ROMA. LA CLOACA MAXIMA. EL TEMPLO DE VESTA

Entre las muchas cosas notables que causan la admiración del que visita la Ciudad Eterna, figura el gran canal subterráneo conocido con el nombre de *Cloaca Máxima*, cuya construcción admirable ha resistido la acción destructora del tiempo durante siglos.

Tarquino Prisco, quinto rey de Roma, á quien debe obras importantísimas la capital del mundo, deseando ponerla en las mejores condiciones de salubridad, dispuso hacia el año 600, antes de Jesucristo, el desagüe del pantano Velabro, para lo cual se construyeron canales subterráneos que condujeran sus aguas al Tíber. Su hijo Tarquino el *Soberbio*, terminó la obra, reuniendo los diferentes conductos en un gran canal, que principiaba en el Foro Romano y terminaba en el citado río. La embocadura de este canal, *Cloaca Máxima*, se ve entre el templo de Vesta y el puente Palatino.

San Sebastián, soldado romano, por profesar la fe de Cristo, padeció el martirio y fué asaeteado, y su cadáver arrojado á la *Cloaca Máxima*. Recogieron los cristianos su cuerpo, y Lucina, matrona romana, le sepultó en las catacumbas, sobre las cuales se eleva la Basílica de San Sebastián, una de las siete principales de Roma.



## CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

VII

**L**es digo á ustedes que yo no podía hacer nada de provecho mientras mi preciosa muñeca estaba sin nombre. Y no se me ocurría nada; eso me ponía muy triste; casi tenía ganas de llorar.

Un día, la *miss* en paseo me preguntó:

—¿Cómo no juega la nena?

Y la nena dijo:

—Pues porque no tengo ganas.

Entonces la *miss* me cogió en brazos y me estuvo diciendo:

—Yo sé por qué no tiene la niña ganitas de jugar. Me lo ha contado un duende. Tú tienes una muñeca muy hermosa y no tiene aún nombre. ¡Qué picardía! ¿No has de estar triste, Pilarcita? A todas las mamás las ocurriría lo mismo. ¡Pobrecita! Yo quiero ayudarte, y si te parece, buscaremos entre tú y yo un nombre muy bonito para ella.

¡Jesús, cuántos besos di á mi *miss*! Miren ustedes que es buena, ¿eh? Me puse muy contenta, y empezamos á decir muchos nombres; ninguno me parecía bonito, hasta que al fin dijo la *miss*:

—¡Mira, llámala *Baby*!

Me pareció muy precioso el nombre, aunque no sé cuándo es *San Baby*; pero nada, decididamente fuí... y se lo puse á la muñeca.

¡Mi *Baby*! ¡Mi *Baby*! ¡Qué precioso es poder llamarla yo así!

Nos fuimos á casa, y yo iba pensando en quién sería el duende que había dicho á la *miss* el motivo de mi pena. ¡Quia! ¡Yo sé muchas cosas! ¡Me parece que no hay duendes; por lo menos, yo no lo creo! Lo que sí creo es que la *miss* es muy lista; ella adivinó lo que me pasaba, lo mismo que adivinó que había de gustarme el que

mase Piluca, y el que me llamase buena. Lo que pasa es que así me hace estudiar y coser y todo lo que quiere. Yo estoy asombrada; ¡ni siquiera me ha dado una vez gana de tirar un pellizco á la miss! ¡Parece mentira! ¡Vamos, si hasta algunas veces me parece bonito todo lo que me enseñal! Sólo un día he sido un poquito mala, y eso sin culpa mía; yo nunca tengo la culpa de nada. Fué que mis hermanas estaban en el balcón, y en la acera de enfrente había unos señoritos que miraban al balcón; yo fui, me asomé de pronto y, ¡zas!, tiré el almirez. ¡Buena se armó! Pero señor, yo pregunto: ¿qué les importaría á ellas el que yo tirase el almirez á aquellos señoritos? La miss no me regañó, ¡qué cosa tan rara!, lo que hizo fué preguntarme:

—¿Te has divertido mucho tirando á la calle eso?

—Mucho, mucho, no—contesté.

—Bueno; pues si no te ha causado una gran alegría, en cambio has podido hacer mucho daño. ¡Figúrate lo que hubieras sufrido, *tú que eres tan buena*, si llegas á hacer sangre á aquellos pobres muchachos, ó á saltarles un ojo! Y además, que te hubieran llevado presa, y nosotros hubiésemos llorado mucho pensando en nuestra pobre Pilarcita que estaba en la cárcel sólo porque el diablillo que tiene dentro, y que no quiere acabar de marcharse, la había obligado á tirar un almirez. Fíjate bien en todo lo que te digo, y ya que no te diviertes haciendo daño, no te molestes en obedecer al diablillo, y no vuelvas á tirar nada á nadie. ¿Verdad que no lo volverás á hacer?

—No—respondí,—por lo menos, no vuelvo á tirar almireces, porque ya no me queda ninguno.

—¡Claro! Y que tú pierdes más que nadie; ¿ahora cómo vas á hacer comiditas? El almirez es muy necesario para guisar.

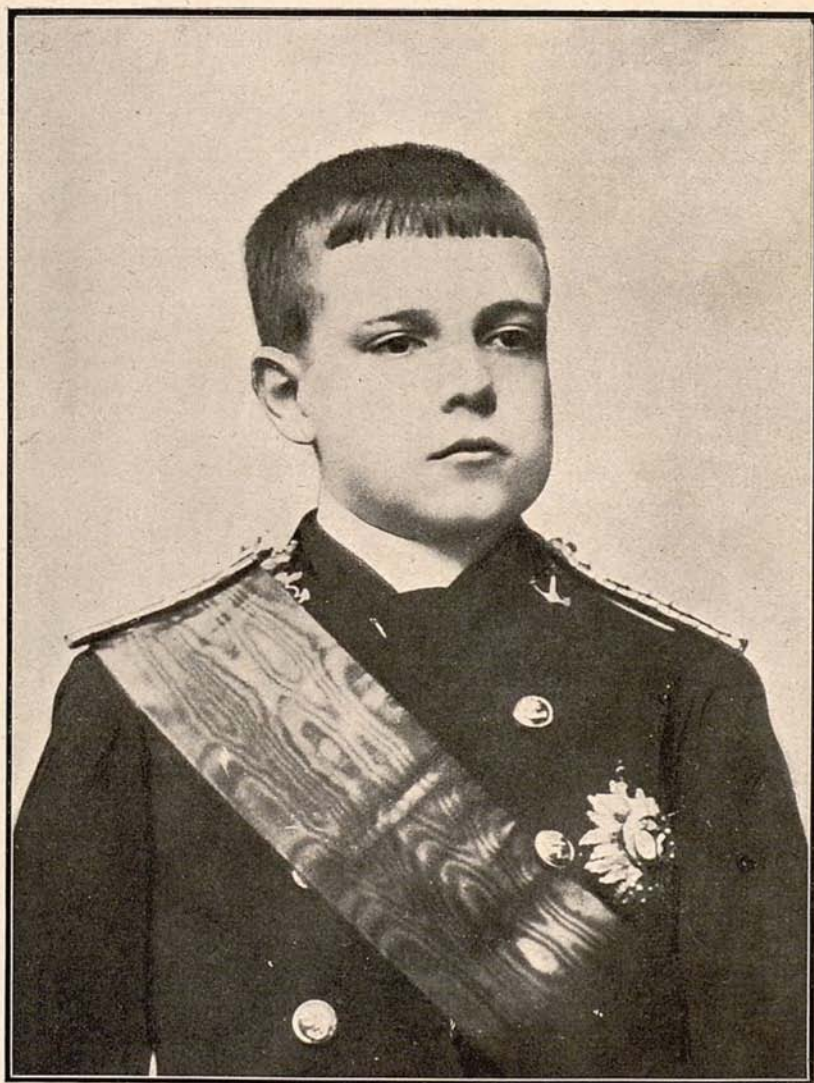
—¡Es verdad! ¡Y á mí que me gusta tanto guisar!

—¿Ves tú como al fin y al cabo el que más se fastidia es el que hace algo malo con ánimo de mortificar á los demás?

Tiene razón la miss; yo he salido perdiendo; nada, nada, ya no vuelvo á hacer esas cosas. Con esta historia se me ha pasado el tiempo sin decir á ustedes las cosas que sé ya; otro día, ¿eh?

MARÍA DE A. OSSORIO Y GALLARDO

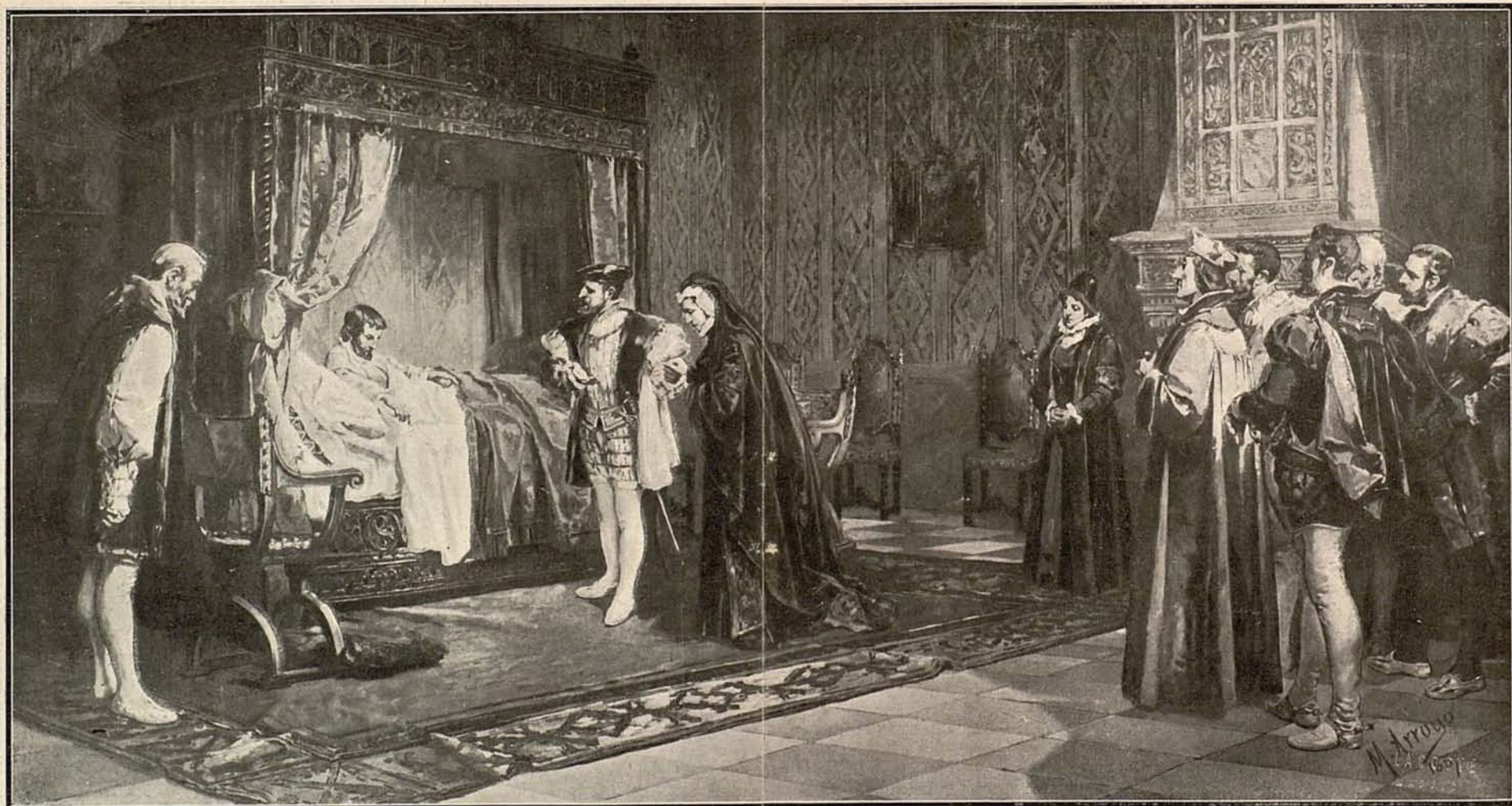




### EL NUEVO REY DE PORTUGAL

Por la trágica muerte del rey D. Carlos I de Portugal y del Príncipe heredero D. Luis Felipe, duque de Braganza, ha subido al trono del reino lusitano el segundo hijo del difunto Rey, D. Manuel María Felipe Carlos, Amelio, Luis, Miguel, Rafael, Gabriel Gonzaga, Xavier, Francisco de Asís, Eugenio, que nació en Lisboa el 15 de Noviembre de 1883. El rey D. Manuel sólo tiene por lo tanto dieciocho años y medio.

Ayuntamiento de Madrid

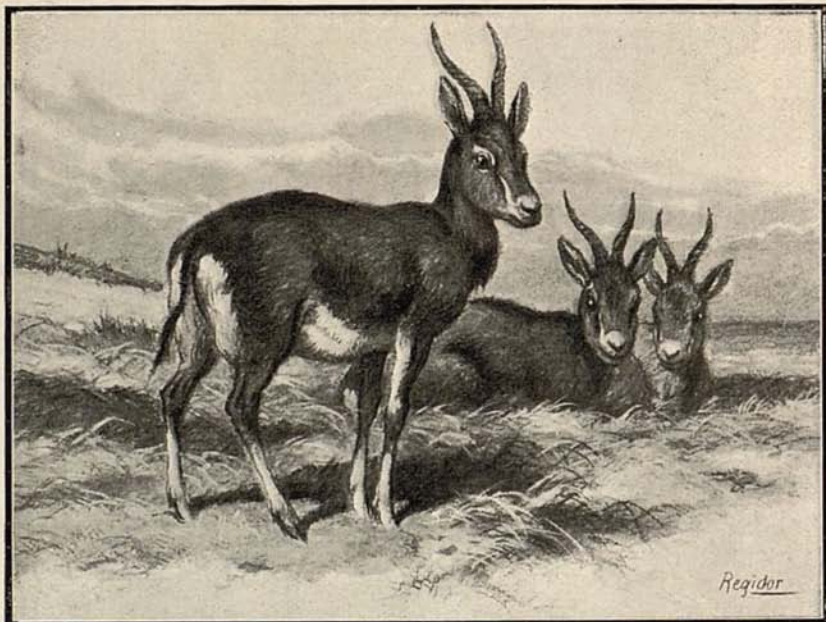


### CARLOS I DE ESPAÑA PRESENTANDO A LA DUQUESA DE ALENZON AL REY DE FRANCIA FRANCISCO I

CUADRO DE ARROYO

Vencido y prisionero en la famosa batalla de Pavía el rey de Francia Francisco I, fué traído á Madrid, donde estuvo cautivo en la torre de los Lujanes, situada frente al Ayuntamiento, y de allí fué trasladado á una torre del Alcázar. El emperador Carlos I no había visitado á su prisionero, pero habiendo éste enfermado gravemente avisaron al Emperador, que acudió, recorriendo á caballo seis leguas en dos horas y media. Llegó también para cuidarle la hermana del rey de Francia, duquesa viuda de Alençon, y el mismo Emperador la condujo de la mano á la estancia del regio enfermo, celebrando con él cordial entrevista.

Fot. Lacoste.



## LA GACELA

La alegre turba de cazadores, invitados por el noble persa Hamzah Kerim á probar un halcón reputado por él como una maravilla, caminaba en busca de las gacelas. Cercano ya el amanecer, un guía de los que formaban la vanguardia encargada de anunciar la presencia de los graciosos animales, acudió á todo el correr de su caballo, y dijo á su amo.

—Señor, las gacelas están tras esa colina.

—Pues marchemos hacia ellas en nombre de Alá—exclamó gozosamente Hamzah Kerim.

Y aflojando las riendas á sus fogosos corceles, y puestos en dirección contraria al viento, subieron los cazadores en menos que se cuenta á la cima de la colina. A distancia de dos kilómetros escasos se veían tendidas sobre césped cinco hermosas gacelas, mientras otra, un poco retirada del grupo, de pie y en gallarda apostura, inspeccionaba el horizonte, revolviendo la inteligente cabeza en todas direcciones. Hamzah Kerim quitó el capirote al halcón y, soltándolo, exclamó:

—¡Que Alá te guíe!

Y luego, dirigiéndose á sus compañeros, añadió:

—¡Mirad, mirad...! Os digo que es una maravilla.

Apenas libre el halcón, viósele primero remontar su vuelo y lanzarse después como una flecha hacia las gacelas. Apercibidas éstas de

la presencia de sus enemigos emprendieron la fuga. Pasma de los ojos eran sus movimientos. Agiles en sus saltos y gallardos en su carrera, los tímidos animales avanzaban por el llano huyendo de la muerte que sonaba á sus espaldas. Los lebreles, sueltos ya, corrían á su alcance, feroces y aulladores, siguiendo con la vista las evoluciones del halcón, y tras ellos los cazadores, entusiasmados, aguijaban á sus corceles con sus gritos y espolazos.

El halcón fué ganando paulatinamente terreno, hasta que ya, puesto encima de la gacela última en su carrera, abatió con rápidos giros su vuelo é hizo presa en su víctima, clavándole en la nuca sus garras y buscándole los ojos para arrancárselos con su corvo pico. Sorprendida la pieza, hizo todos los esfuerzos imaginables por librarse de su enemigo; sacudióse, revolcóse por el suelo, saltó como loca y se detuvo como atontada, hasta que llegando los lebreles y lanzándose sobre ella, la hicieron rodar jadeante y vencida sobre el mullido césped..

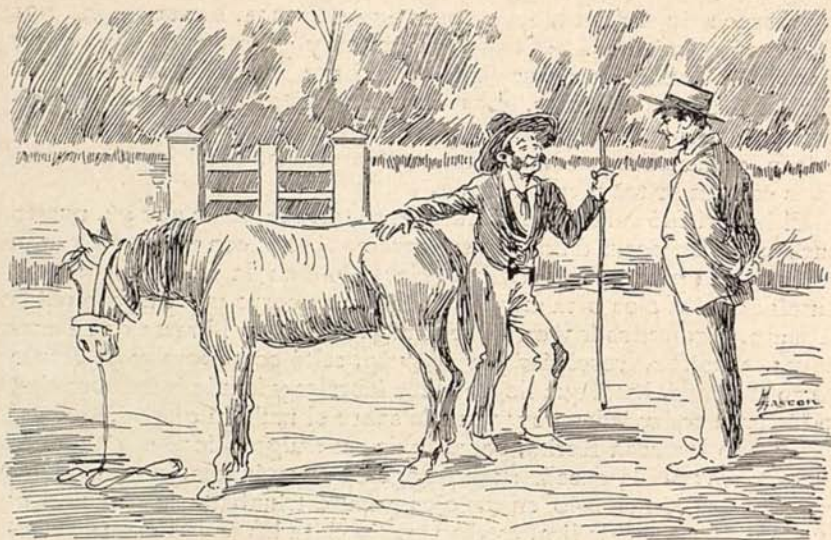
Cuando Hamzah Kerim, rodeado de sus amigos, llegó al sitio de la lucha, abrevió á la gacela su cruel agonía rematándola, arrancó de su cabeza al halcón cebado en sus ojos y miró triunfante su cuerpo. Sus cuernos, en forma de lira, estaban medio clavados en la tierra; sus delgadas piernas, que tanto corrieron, mostrábanse al fin rígidas y quietas; el fino pelaje de su pardo lomo aparecía erizado, y su vientre, de un blanco brillante, se estremecía todavía como palpitando... Hamzah Kerim, mostrando el halcón á los demás cazadores, les decía:

—¿Habéis visto como es una maravilla...?

JOSÉ A. LUENGO



Ayuntamiento de Madrid



## UNA APUESTA

Hay quien diciendo verdades,  
 las dice de una manera,  
 que hace creer á la gente  
 las cosas más estupendas;  
 por lo cual es necesario  
 ponerlas en cuarentena,  
 y no admitir sin examen  
 las falsedades que encierran.

Se hablaba en una tertulia  
 de que la Naturaleza  
 lo que en un sentido quita  
 en otro sentido aumenta,  
 y se citaban ejemplos  
 de muchas personas ciegas,  
 cuyo oído y cuyo tacto  
 eran de finura extrema.

Y Frasquito Zaragoza  
 le dijo á la concurrencia:  
 —Para mí no vale un pito  
 todo lo que ustedes cuentan.  
 ¡Ciego notable del todo,  
 un gitano de mi tierra!,  
 que está aquí precisamente  
 y para en esa taberna  
 de enfrente.

—Y qué es lo que hace.  
 —¡Pues nada! ¡Una friolera!

Le presenta usted un caballo,  
 le toca el hombre las cerdas  
 de la cola, y en seguida  
 dice la edad de la bestia,  
 la alzada y hasta el color  
 del pelo.

—¡Usted exagera!

—Juro á ustedes que lo dice,  
 y es más, les hago la apuesta  
 de la cena para todos  
 si no dice con presteza  
 la edad, la alzada y el pelo  
 del bicho que le presentan...  
 Iba la apuesta á cerrarse  
 y á practicarse la prueba,  
 cuando el señor don Prudencio  
 les dijo:

—Vamos á cuentas.

¿Si el ciego acierta, usted gana,  
 y si no, paga la cena?

—No, señor; no es ese el caso.

—¿Dónde está la diferencia?

—En lo de acertar el hombre.  
 Pues para que usted lo sepa...  
 dice edad, alzada y pelo...  
 pero el pobre ¡nunca acierta!

C.

## ANTONIO DE LEYVA

**N**ació en la villa de la Rioja llamada de Leyva el año 1480. Su padre fué D. Juan Martínez de Leyva, general del Rosellón por los Reyes Católicos, y señor de la dicha villa y su Estado, y su madre doña Constanza de Mendoza y Guzmán, noble é ilustre dama. Dió principio á sus servicios militares con una sección de Caballería en la guerra contra los moriscos de la Alpujarra, mereciendo los elogios de su jefe y primo, el Gran Capitán.

En 1502 pasó al Ejército de Nápoles á participar de la gloria que alcanzaba aquel ilustre caudillo. Hallóse en todas las campañas que sostuvo España por aquel tiempo con los franceses; fué herido en la batalla de Rabena, y auxilió y tranquilizó al papa Julio II, que estaba ya determinado á abandonar á Roma y refugiarse en Venecia.

Distinguióse de modo inmortal

en la defensa de Pavía, y aun en la misma batalla, á cuyo campo acudió llevado en silla de manos, para desbaratar el Ejército de Francisco I, rey de Francia, que le había tenido cercado en la ciudad más de tres meses, cuando Carlos Lanoy y los soldados de Pedro de Alarcón cogían prisionero al monarca francés.

Al tiempo que las tropas imperiales guardaban prisionero al papa Clemente VII, instigador de la segunda guerra entre Carlos V y Francisco I, en el castillo de Sant-Angelo, Leyva com-

batía al general Loutrec, á los escuadrones venecianos y al pueblo y duque de Milán, obteniendo en cada lucha mayores triunfos.

Desde 1526 á 1529 se sostuvo en el Milanésado sin recursos y sin socorro de España ni de Nápoles, venciendo á los soldados del duque de Urbino, espantando á las tropas de Francisco Sforza, y derro-



tando y haciendo huir á las del Castellano de Mus, Juan Jacobo de Médicis, cuyos laureles le hicieron adquirir fama de ser uno de los mejores capitanes del mundo.

Cuando Carlos V se disponía para pasar á Italia, rechazó por completo al general francés conde de Saint-Pol en las riberas del Landrano, cuyo combate dirigió en litera, soportando un agudo ataque de gota, que no impidió se manifestara, en ánimo, valor y pericia militar, á la altura de siempre. En esta batalla ganó toda la Artillería, cogió todas las banderas, é hizo prisioneros al conde y á sus capitanes más ó menos-significados.

Habiendo llegado Carlos V á Proenza, mandó llamar á Leyva, á quien no conocía personalmente, y en el acto de la presentación, le dijo: «Cubrios y sentáos, Leyva; que bien merece el privilegio de los grandes de España, de estar cubierto y sentado delante de un Emperador de veintinueve años, un guerrero que ha sabido vencer á sus enemigos durante cuarenta.» Así quiso pagar los inmortales servicios de su capitán.

Este mostró su saber guerrero y su prudencia cuando acompañó á aquél en la jornada de Viena contra Solimán, sultán de los turcos, y mucho más cuando en la Liga formada por todos los Estados de Italia con Carlos, en 1533, fué elegido de común acuerdo por generalísimo del Ejército.

Al pasar revista la compañía de Leyva delante del Emperador, tomó éste un mosquete y se colocó entre los soldados, mandando al mismo tiempo al comisario que pusiera en la relación de los que la componían: «Carlos de Gante, soldado de la compañía del señor Antonio de Leyva». En cuyo único caso, como dice un historiador, se vió que adquirió más gloria un capitán con un solo recluta que cuantas celebra la fama con sus Ejércitos y poder. En 1536, de nuevo, y con igual ímpetu que en las campañas anteriores, defendió el ducado de Milán, y tomó, después de reñidos combates, las plazas y ciudades de Fossano y Aste, y otras del Estado de Saboya, que invadían los franceses.

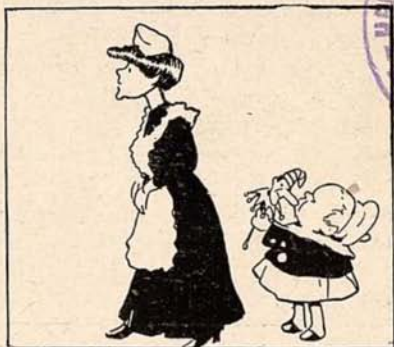
Carlos V, queriendo castigarlos de una vez para siempre, les declaró la guerra ante el papa Paulo III, designando para dirigir las operaciones que proyectaba realizar dentro de Francia á Antonio de Leyva. Mas éste, cansado, consumido por la enfermedad y agotado por los sufrimientos que le causaban las muchas heridas que tenía, murió en Aix en los primeros días de Septiembre y á poco de comenzadas las hostilidades, donde se encontraba con el Emperador y su Ejército; su cadáver, al ser conducido para trasladarlo á Milán, tuvo el honor de ser escoltado por el gran César. Además de este singular homenaje, y de los dos anteriormente narrados, le concedió los títulos de príncipe de Ascoli, marqués de Atela, conde de Monza, la grandeza de España y la Encomienda Mayor de Yeste, de la Orden de Santiago. Sus restos están sepultados en la iglesia de Santa María del Paraíso, de Milán.

E. PACHECO

## LA TERQUEDAD DE GORITO



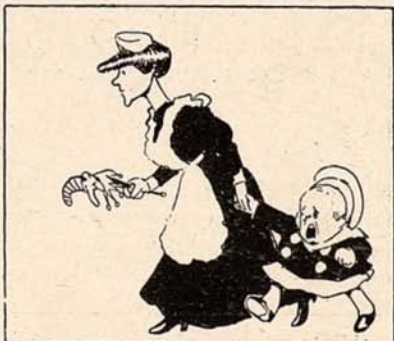
—Ya sabes, Gorito, lo que te tengo dicho. Los niños guapos no chupan nunca los juguetes.



Gorito hizo el mismo caso de las advertencias de la chacha que de las coplas de Caláinos.



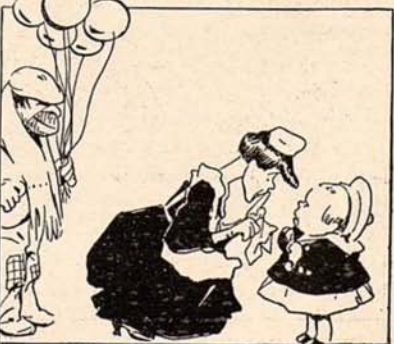
—¡Muy bonito! ¿Chupando las narices á Polichinela, después de lo que te he dicho?



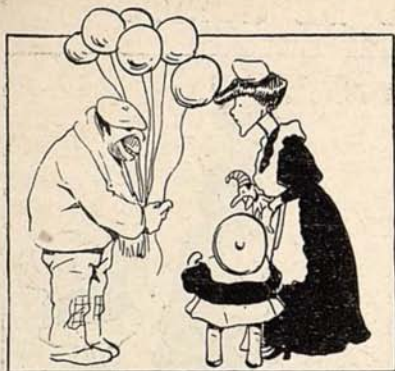
La chacha quitó á Gorito el juguete, y el niño cogió una rabieta fenomenal.



—Mira, mira—le decía la niñera para acallarle,—mira lo que viene por allí.



—¡Qué globos tan preciosos! Si das palabra de ser bueno, te compro uno.



—Vamos á ver, buen hombre, deme un globo para este niño, que va á ser muy bueno.



Loco de contento se puso Gorito con su globo, y poco á poco fué tirando del hilo...



¡Hasta poner el globo al alcance de su boca...! Y entonces se puso á chupar con verdadero entusiasmo.



Distraída la niñera, no advirtió que Gorito estaba aspirando el gas que contenía el globo.



El cual disminuía de volumen, mientras la cabeza de Gorito aumentaba considerablemente.



Gorito, convertido en globo de gas, se fué por los aires, víctima de su terquedad.